

## Acerca de los nombres de pila

Nada más arraigado en el hombre que el anhelo por saber de donde vienen las cosas, anhelo que engendra á la filosofía. El origen es la razón de ser de los seres, y su misterio parece que se rasga desde que asistimos á su génesis.

He observado en más de una ocasión el interés con que casi todos suelen acoger las disquisiciones versantes acerca del origen del nombre que recibieron en la pila y los apellidos que les legaron sus padres.

Sobre la evolución de los apellidos publiqué no há mucho en las columnas de este mismo NERVION unas cuantas notas ligeras, y hoy, para hacer pareja, hilvanaré otras cuantas acerca de los nombres de pila. Total, cuestión de distraer un rato al lector.

Un vocabulario etimológico de los nombres propios, es de creer tuviera excelente acogida, y mucho más si iba acompañado en cada artículo de alguna indicación de los nombres célebres que lo hubieran llevado. ¿Qué Antonio, Diego, Tomás, Simón ó Luis dejaría de consultar el origen de su nombre y la lista de los Antonios, Diegos, Tomases, Simones y Luises célebres?

Los más de los nombres de pila presentan una derivación muy fácil de desentrañar; muchos de ellos, como Leon, Cándido, Perfecto, etc., no necesitan explicación, pero hay no pocos que han sufrido tales y tantas transformaciones que no los conocería la madre lengua que los parió. Hay algunos que se han escindido en dos ó más formas, á las veces muy distintas, y otros que en diferentes lenguas han tomado formas muy desemejantes.

A este último propósito ocurre la frecuencia con que se dejan sin traducir los nombres propios, y así oímos decir Paul de Kock, ó Arrigo Boito, por Pablo de Kock ó Enrique Boito. Y en más de una ocasión, si lo tradujéramos, nos costaría darnos á entender. El famoso tío de Cánovas, don Serafin Estebanez Calderon, el Solitario, habla del célebre novelista Gualterio Escoto, y al leerlo más de uno se queda pensando quién sea ese célebre novelista y no dá á la primera en que el buen Solitario tradujo á Walter Scott en Gualterio Escoto.

Bueno es traducir los nombres propios, pero es preferible no hacerlo á hacerlo mal, como le ocurre á cierta dama española, muy erudita y muy fresca pero muy amiga de meterse en todo lo que no entiende, que convirtió á Herbert Spencer en Herberto Spencer, y á Ivan Turguenev en Ivano Turguenev, sin pararse á pensar que si en castellano ni Herberto ni Ivano quieren decir nada, tenemos los nombres Eriberto y Juan que corresponden á los mal traducidos por ella. Cosa análoga á la de aquellos que ignorando el alemán llaman á Wagner Uañer, cuando leyéndolo á la española se acercarian más á la verdad.

Volvamos al tema de las honras metamorfosis que sufre un nombre. Fácil es ver en Fadrique el actual Federico ó en nuestro Recaredo II un Ricardo II, pero ¿quién diría que Luis y Clodoveo son ramas de un mismo tronco? Y sin embargo es así.

La larga serie de los Luises de Francia se acrecentaría si se le agregaran los Clodoveo y Clovis, que no son más que Luis.

Blodowig es la forma primitiva, que latinizada dió Clodovicus, de donde salieron Ludovicus, padre de nuestro Luis, y Clodoveus.

¿quién reconoceria en el nombre de la ciudad de Santander el de su santo patrono San Emeterio?

Juzgando á oído y de buenas á primeras se cree que Santander es San Andrés; pero el oído engaña, y no muestra la evolución que desde Sant Ameterio pasando por Sant Amterio y Sant Anderio ha llegado á pasos contados y por la regular vereda de las leyes fonéticas á Santander.

Y ¿qué diremos de las vicisitudes porque ha pasado el nombre del viejo patriarca Jacob? El nombre hebráico latinizado *Iacobus*, ha dado nuestro Jacobo, como ha dado el *Jácome* italiano que Jácome Trezo dejó á una calle de Madrid. Ese Jácome se acertó en un *Jácme*, de donde deriva nuestro Jaime.

Del mismo Jacob salió el *Yago*, el famoso Yago del inmortal drama de Shakespeare, y nuestro *Yagüe*, que corre por ahí como apellido.

El título de Santo que jamás se separa del gran apóstol Jacob, formando con él indisoluble liga, como si le fuera consustancial la santidad, ha hecho de aquel Sant Jacob nuestro Sant-Jago.

Corrieron los años, olvidaron las gentes que la t era de la santidad y no del apóstol, y partieron el nombre así: San Tiago. Y este Tiago, debilitándose la t en d como la c se habia debilitado en g, ley fonética hispano-latina, dió un Diago, de donde vino nuestro Diego.

Hé aquí como nuestros Jaimes, Jacobos, Santiagos y Diegos se enlazan entre si, como se enlazan con otras curiosas formas de los demás idiomas latinos, bajo el amparo del viejo patriarca Jacob.

Y ¿qué riqueza más grande, qué variedad proporcionan los diminutivos y términos de cariño!

A Juan Moriconi, vecino de Asís, llamaban por mote Francisco, debido sin duda á sus frecuentes viajes á Francia ó á su conocimiento de la lengua francesa. Este mote glorioso del glorioso serafín humano, enseña de humildad, ha recibido sobre sí todas las formas que el cariño del pueblo inventa y prodiga.

En él, en el nombre del verdadero santo del pueblo, ha agotado esta la expresión del cariño. Francisco ha engendrado toda una tribu. De él salió Franco, el de Sena, de él los Franchos, los Frascos con sus descendientes los Frasquitos, los Frasencles y los Frasquicos. Estos Frasquicos dieron origen á los Quiecos de Valencia. Otra rama son los Pacorros (con diminutivo en orro, como abejerro, ventorro, etc.), que se dividieron en los Farrocos ó Farrucos de Galicia, y los Pacorros, que se convirtieron en Pacurros, y éstos engendraron á los Curros de la tierra de Maria Santísima. Y aun hay que agregar los Fraiscus y los Paicus y otros muchos de la misma prolífica cepa.

Sería el ir siguiendo las transformaciones de los nombres cuento de nunca acabar, y aquí me propongo distraer al lector y no emprendería con el curioso vocabulario de que hablaba.

Vocabulario de no difícil confección, porque casi todos los nombres de pila son de origen ó hebráico,





2000

1-56

ó griego, ó latino ó germánico. Estos idiomas son los que han bautizado sus nombres personales.

No debo concluir, sin embargo, sin indicar que es muy verosímil que se conservan dos ó tres nombres propios vascos, de los que aquí se usaban antes de nuestra cristianización, y que estos nombres, propios en un tiempo, apellidos hoy, son Ochoa y García y acaso Bela, el tronco de los Veléz, Velascos y Velazquez.

Mucho figuran en la Historia de las provincias vascas y de Navarra los don Ochoa, don García y don Vela, y parece ser que don Ochoa no era otra cosa que don Lobo (otsoa), como el nombre latino Lope (Lupo), don García, don Oso (artza, artzia, hartzia), y don Vela, don Cuervo (belte).

El dar á las personas nombres de animales es aun hoy muy frecuente entre muchas tribus; parece ser uno de los más antiguos procedimientos, y aunque no era el usual entre griegos, romanos, hebreos y germanos, que en la época más remota en que nos aparecen en la historia tenían sin duda mucha más cultura que los vascos antes de su cristianización, aunque no era ese el procedimiento usual entre los pueblos que nos han dejado la mayor parte de los nombres de pila, aun vemos algunos de animales, sobre todo en apellidos.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO'S USALES